

El proyecto Quru

Cristina del Toro Tomás

Kaderli observaba con atención la pantalla que había frente a ella. Una serie de incomprensibles fórmulas matemáticas, proyectadas holográficamente, se amontonaban ante sus enormes ojos negros, desafiándola a intentar resolver el misterio que en aquellos números se escondía.

Cualquier otra criatura habría desistido tiempo atrás, dejándolo por imposible, o se habría servido de algún potente ordenador para resolverlo.

Pero ella no haría ninguna de esas cosas. No en vano era una kainat, y los suyos nunca se rendían ante un desafío intelectual. No se habían consagrado como la raza más avanzada de todo el Universo rindiéndose ante nimiedades como aquella.

Alargó su brazo, no mucho más ancho que una batuta, y tocó suavemente algunos de los números que había ante ella. De inmediato, comenzaron a bailar los unos con los otros, girando sin aparente sentido, hasta formar una única ecuación. Si poseyera labios, o incluso una boca, habría sonreído, alentada por el resultado. Quizás acababa de encontrar la solución a un problema que llevaba meses atormentándola.

Apaciblemente, se dirigió hacia la puerta del laboratorio. Tenía que encontrar a Koyük, el responsable del proyecto, y comunicarle inmediatamente sus hipótesis. Si actuaban con premura, podrían evitar destruir uno de los logros más grandiosos de los últimos tiempos.

Recorrió los pasillos de la inmensa nave lo más rápido que pudo. No pertenecía a una especie demasiado fuerte o veloz. Su movimiento era suave, pausado, casi etéreo, pero compensaba sus carencias físicas con una inteligencia sin límites.

Encontró a Koyük en la sala de control de la nave. Parecía estar manteniendo una importante conversación con el capitán, así que se mantuvo al margen hasta que terminaron. Los kainat se comunicaban telepáticamente, y podían acceder a las conversaciones de sus semejantes en el momento que quisieran, pero eran criaturas tan respetuosas con la intimidad los demás, que nunca se les habría ocurrido espiar una conversación ajena.

—Kaderli —la voz de su superior sonó en lo más profundo de su mente - ¿Por qué no te has presentado a las sesiones de control del consejo?

—Estaba absorta con mis investigaciones. He obtenido resultados muy satisfactorios. Estoy a un pequeño paso de resolver el problema definitivamente.

—Otra vez con lo mismo —movió su cabeza, pequeña y redonda—. Debes aceptarlo de una vez por todas: el proyecto Quru ha fracasado.

La joven hembra apenas se alteró, pues estaba preparada para aquella respuesta. Sus glándulas dejaron exhalar un breve hálito de angustia, impregnando el aire con su pesar. Durante meses había insistido a sus compañeros para que no lo dieran todo por perdido, había suplicado ante el consejo que se reconsiderasen todas las opciones posibles antes de tomar una decisión drástica, y la respuesta había sido siempre la misma: no había esperanza. El proyecto debía ser abandonado, y los resultados obtenidos hasta entonces, destruidos.

Pero ella había perseverado, después de todo era un insulto a los esfuerzos de todos aquellos que durante siglos habían trabajado sin cesar, entusiasmados, en aquella extraordinaria obra.

Koyük no lograba comprender a Kaderli. Ellos eran extremadamente analíticos, nunca se dejaban llevar por emociones o corazonadas. Siempre tomaban sus decisiones anteponiendo la opción más práctica y sensata. La obstinación de aquella joven no solo resultaba desconcertante, sino que empezaba a tornarse inapropiada. Nunca se había oído hablar de un kainat tierno o sentimental, y estaba seguro de que ella no era una excepción. Debía tener motivos lógicos y decentes para querer salvar el proyecto, pero ¿cuáles?

—¿Cuánto tardarás en completar lo que sea que estés preparando?

—Tres meses —no necesitó pensarlo ni un segundo

—Ésta es tu última oportunidad para convencerme de que el proyecto es aún viable. Dentro de tres meses Quru exactos, nos volveremos a reunir, y me mostrarás lo que hayas conseguido hasta ese momento. Si no logras terminarlo a tiempo, o tu idea presenta una mínima incoherencia, será el fin de Quru.

Kaderli trabajó sin descanso durante varias semanas. El resto de miembros del Qida13, la nave en la que viajaban, no la vio en ninguna ocasión fuera de la sala Alfa, donde se llevaban a cabo los experimentos más complicados y peligrosos.

Al no tener boca ni sistema digestivo, los kainat se alimentaban por vía intravenosa, inyectándose un suero extraído de una insólita planta que crecía en su planeta de origen. Kaderli se hizo con un gotero portátil, para así poder alimentarse mientras seguía investigando.

Dormía en una estrecha cabina, de pie, lo justo y necesario para que su cerebro recobrar energía y continuara funcionando sin parar el resto del tiempo.

Cuando, en la fecha señalada Koyük le hizo llamar, había terminado de pulir los últimos detalles.

—¿Has conseguido terminar tu proyecto? — preguntó nada más verla. Los kainat no perdían el tiempo en conversaciones superfluas ni fórmulas de cortesía. Siempre iban directos al tema que les ocupaba.

Ella asintió con suavidad.

—Espero que no haya sido una pérdida de tiempo y realmente tengas algo revolucionario que mostrarme.

—¿Recuerdas cómo comenzó Quru? Ninguno de nosotros había nacido aún, pero tenemos todos los datos, las imágenes, un piso entero de esta nave guarda miles de archivos al respecto.

A la vez que se comunicaban, se dirigían suavemente hacia la sala Alfa. Koyük supuso que su joven subordinada quería llegar a algún punto importante, y por eso le hacía evocar los comienzos del proyecto.

—El proyecto se inició hace 4567 millones de años — Kaderli no esperó a que le contestara—. A lo largo de cientos y cientos de generaciones, nuestra raza ha trabajado en él con tesón, siendo los únicos que hemos logrado crear artificialmente un gran planeta, generar en él las condiciones necesarias para la vida, y poblarlo con miles de especies diferentes.

—Todo esto ya lo sé — Koyük comenzaba a temer que la hembra se limitara a divagar acerca de lo grandioso que era el proyecto y lo inteligentes que eran todos por haberlo llevado a cabo—. Sin embargo, no todo salió como esperábamos, Kaderli. El planeta enfermó, lo que en un principio parecía un virus insignificante se ha extendido por toda la superficie del mismo, llevándolo a una fase terminal. Es por eso que debemos destruir el planeta: sabemos que la enfermedad que posee es contagiosa, y no podemos permitir que alcance a otros planetas, satélites o estrellas. ¿Imaginas lo que podría ocurrirle a este Sistema Solar si no acabamos con el peligro a tiempo?

—Sin duda, sería una catástrofe —coincidió ella—. Pero nuestra visión del problema ha estado limitada, Koyük. Nuestros predecesores fueron más perspicaces que nosotros, desde un principio se dedicaron a estudiar este agente patógeno, tomaron muestras, lo analizaron. Se

dieron cuenta de que era el organismo más destructivo de Quru, pero a la vez, el más evolucionado.

— Eso solo lo convierte en algo más peligroso aún.

—Coincido también en esto —al llegar a la entrada de la sala Alfa, Kaderli permitió que un arco situado unos centímetros antes de la entrada comprobara su secuencia de ADN, y las puertas correderas se abrieron para permitirles el paso— Sin embargo hemos ignorado la relación que los nuestros tuvieron a lo largo de los siglos con esta singular enfermedad.

—¿Qué quieres decir?

—Hubo una época en la que se pensó que quizás sería posible cooperar con ellos, en realidad son el resultado de nuestros experimentos, y por lo tanto, nuestra responsabilidad.

—Son parásitos violentos y destructivos. Tras muchos esfuerzos por nuestra parte para controlar la población, han continuado creciendo, multiplicándose, infectándolo todo. Han demostrado que su inteligencia está más que limitada, son incapaces de conservar el hogar en el que viven, del que se nutren. Nuestra obligación es acabar con ellos para evitar que su mal se extienda a otros planetas.

—Exacto —Kaderli miró fijamente a su superior—. Pero para ello no tenemos por qué destruir el planeta entero. En él viven una variedad inimaginable criaturas, su ecosistema es uno de los más ricos de la galaxia en el que se encuentra. ¿Acaso tiene sentido crear un planeta con tan fascinante diversidad para luego destruirlo? Yo creo que no. Nuestra prioridad no es exterminar a los habitantes de ese planeta, es sanarlo. Y repoblarlo con otra raza superior.

—¿Qué tienes en mente? —Por primera vez, Koyük parecía interesado en lo que ella tenía que decir.

Como respuesta, Kaderli extendió un escuálido dedo, obligándole a fijarse en un punto vacío de la sala. Unos instantes después, se abrió una cavidad en el suelo, y de ella poco a poco emergió una gran cápsula.

Koyük se acercó. Era similar a un útero gigantesco, transparente y atravesado por infinidad de cables. Al mirar en su interior, pudo distinguir una criatura nunca antes vista: de aspecto humanoide, pero con cuatro brazos y la piel cubierta por escamas de un tono rojizo.

—Kaderli... ¿qué es esto?

—El futuro — Se acercó a un inmenso ventanal que había en la nave, desde el cual se podía ver el inmenso planeta azul—. Lo he llamado tezari. Es mucho más inteligente que cualquier otro espécimen que hayamos creado, y posee una fuerza inigualable. Es el resultado perfecto de la unión entre fuerza física e intelecto. Está genéticamente diseñado para conseguir que el

proyecto Quru llegue a buen puerto— Se giró de nuevo hacia el asombrado Koyük—. Realizaremos cientos de clones... su raza será la encargada de destruir a los humanos y repoblar el planeta que éstos bautizaron como Tierra.